

## PASADO PRESENTE

Carlos Altamirano

UNQ/CONICET

En nuestra época las relaciones entre el presente y el pasado son siempre complejas, más aun si se trata del pasado reciente. A veces podemos evocar ese pasado, rememorarlo autobiográficamente, incluso dar testimonio de sus acontecimientos o sólo de algunos de ellos, sea como actores o como espectadores. En ningún caso el trabajo de la interpretación histórica –la historia de los historiadores, digamos así– halla como en éste la rivalidad de las construcciones de la memoria y del uso público del pasado. ¿Podemos hacer de ese tiempo ya acaecido pero tan próximo a nosotros, que se impone sobre la actualidad y a veces creemos revivir en los recuerdos, un objeto de investigación y de conocimiento históricos? Con el pasado que aún es parte del presente de nuestra vida pública no tenemos sólo el vínculo que nuestra pretensión de conocimiento puede establecer, sino también, y antes, el vínculo que procede de nuestro juicio como ciudadanos. Si hay siempre tensión, una tensión ineliminable, entre las exigencias del razonamiento histórico, por un lado –que por cambiante y relativo que sea está sometido a las reglas de un saber que se quiere crítico y que se vincula con la idea de verdad–, y las exigencias del compromiso cívico, por el otro, que refleja nuestros ideales sobre la vida colectiva, esa tirantez nunca es más grande que cuando se alimenta del pasado inmediato. Nos ligan con él los lazos de la memoria, los de la ideología y frecuentemente también los lazos del afecto.

Desde hace más de dos décadas hay en la Argentina un debate en torno de lo ocurrido treinta años atrás, como si los sucesos de entonces se negaran a entrar simplemente en el pasado. ¿Qué sucedió? ¿Por qué sucedió? ¿Cómo pudo suceder? Hannah Arendt escribió que la mayor parte de la vida adulta de una generación de alemanes que era la suya vivió bajo el peso de estas preguntas. Estos interrogantes sobrevuelan también el debate argentino. La arena de la discusión es el espacio público y en él se entrecruzan los ejercicios de interpretación histórica con los relatos de la memoria, relatos o microrrelatos que proceden de los tribunales donde se ventilan las causas por violaciones de los derechos

humanos, de la investigación periodística, de los pronunciamientos del poder político y de múltiples foros de la sociedad civil. Aunque puede hablarse de un escenario de mayor visibilidad en este debate —el que ocupan la palabra y los actos conmemorativos oficiales, los medios de comunicación de masas, los dirigentes políticos y los organismos de derechos humanos—, el discurso sobre el pasado, en la forma del testimonio, del análisis histórico o de la narración cinematográfica, circula y prolifera en espacios cuyo número no ha hecho sino multiplicarse desde 1984. Si se observa bien, ni siquiera se podría hablar de un debate, en singular, sino de varios, más o menos entrelazados entre sí.

No tengo la intención de pasar revista a cada uno de los aspectos de este conjunto multiforme ni la de resumirlo en pocas páginas. En lo que sigue sólo quiero destacar algunos momentos de este intrincado proceso de elaboración de la historia reciente y señalar, valiéndome de algunos pocos ejemplos, sus problemas. No ignoro, por supuesto, que el auge memorialístico no es un suceso exclusivo de la Argentina, sino un fenómeno extendido en muchos otros países occidentales, y que el discurso argentino sobre el pasado se ha alimentado también, al menos a partir de cierto momento, de esa explosión general. Pero examinar esta conexión nos hubiera llevado aun más lejos de los propósitos de este ensayo.

### *El doble rechazo de la “teoría de los dos demonios”*

Las batallas por la historia son un componente de la vida civil y no es la primera vez que los argentinos se dividen en torno de su pasado inmediato. Tras el derrocamiento de Juan D. Perón en 1955, por ejemplo, en las filas de los círculos civiles que habían apoyado o celebrado esa destitución se abrió muy rápidamente la discusión acerca del significado de la experiencia que se resumía con el nombre de peronismo. ¿Cuáles habían sido sus raíces? ¿Quiénes eran sus responsables? ¿Cuál era la clasificación correcta del régimen derrocado? ¿El balance de la experiencia podía ser sólo negativo? No había transcurrido un año del nuevo orden antiperonista, cuando comenzó activarse un proceso de revisión que llevaría poco a poco a la revalorización, así sea parcial, del peronismo y a la condena del movimiento militar y civil que lo había interrumpido. Durante un tiempo, la revalorización del peronismo no incluía a Perón, aunque sí a su esposa, Evita, quien simbolizaría el alma plebeya del peronismo, su lado anti-burgués. Pero en 1973, cuando el general Perón volvió

a la Argentina dieciocho años después de su derrocamiento, él no era ya sólo el caudillo de los trabajadores, los “descamisados”, sino también el de miles de jóvenes de clase media que creían que la Revolución era el destino y la verdad histórica del peronismo. Convertida en relato militante, la reinterpretación del peronismo en clave revolucionaria fue el punto de convergencia de una parte de la izquierda marxista con el activismo juvenil de inspiración católica.

Hay algunas semejanzas y varios puntos de intersección entre aquella discusión sobre el pasado reciente, característica de la década del sesenta y de los primeros años setenta, y el debate actual acerca de lo que sobrevino después. Como entonces, la representación del pasado no permaneció fija y el uso público de la historia se entretendió con las tomas de posición política; también ahora, como en aquel momento, el relato del pasado se abrió a la cuestión de la responsabilidad de lo acontecido. Sin embargo, existe una brecha entre entonces y ahora, marcada por la magnitud y la naturaleza de lo sucedido tras el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. El reconocimiento de que la dictadura militar puso en marcha ese día una empresa salvaje de represión nunca vista en el país, fundada en los secuestros y en la desaparición de personas, en centros clandestinos de torturas, abyección y exterminio, en el establecimiento de la censura y de una cultura del miedo, es generalizado hoy en la Argentina y acaso sea uno de los pocos puntos que quedan fuera de cuestión en el debate que está en curso.

Es verdad que en algunos ambientes, sobre todo el que se alimenta en los círculos de militares retirados y sus ideólogos, hay quienes se aferran todavía a lo que entre 1976 y 1983 fue el relato oficial de lo sucedido. Como dijo hace poco uno de esos oficiales, el general Heriberto Auel: no existieron en la Argentina campos de concentración ni un plan sistemático de desapariciones; lo que hubo fue una guerra “contra un agresor terrorista con una conducción externa”. El resto, observó, no eran más que “mitos” y “cuentos”.<sup>1</sup> ¿Cuántos dan crédito aún a versiones como éstas, que hubieron de escucharse repetidamente bajo la dictadura y todavía en 1985, en los alegatos de los abogados defensores de los jefes militares durante el juicio a las Juntas? Es decir, ¿cuántos aceptarían aún que se explique el abismo de barbarie y sadismo que se abrió tras el golpe de Estado como una derivación, como un tributo indeseado a las exigencias de una guerra impuesta

---

<sup>1</sup> *La Nación*, 9/4/2006.

por un enemigo no convencional, representado por los partidos armados de la izquierda, cuya amenaza no podía ser ya contrarrestada por un gobierno constitucional débil ni con los medios de un Estado de derecho? En realidad, la idea de que una guerra de nuevo tipo estaba en curso (para algunos como parte de la III Guerra Mundial), una guerra total cuyas formas clandestinas obligaban a una represión también clandestina, una guerra sin reglas, sin honor, “sucias”, estaba ya disponible desde que halló recepción a comienzos de los años sesenta entre oficiales que se querían estrategas. Y mucho antes de inspirar el plan de operaciones de 1976, esa concepción ya ofrecía una clave para interpretar las alternativas de la vida política del país. También para conferir a las fuerzas armadas un papel tutelar sobre la nación.

Es difícil saber cuántos son los que suscriben aún la versión que los militares dieron de su empresa treinta años atrás, pero en el espacio público sus manifestaciones son hoy minoritarias. Cuando en el 2001 el diario *Clarín* solicitó el juicio de historiadores sobre el significado del 24 de marzo de 1976, sólo uno de ellos, antiguo profesor de la Escuela Superior de Guerra, retomó algunos de los argumentos de entonces.<sup>2</sup> Desde que los jefes de las tres armas repudiaron expresamente los métodos de la represión ilegal, la doctrina de la guerra sucia tampoco ofrece ya la fuente para un relato de legitimación en las fuerzas armadas, al menos en las formas del discurso público.

El de la dictadura no fue el único intento de institucionalizar desde el poder una memoria del pasado reciente. Cuando Raúl Alfonsín, a tres días de asumir la presidencia en diciembre de 1983, ordenó a través de dos decretos el juicio a los ex comandantes que integraron las Juntas Militares, por un lado, y la persecución penal de los dirigentes de los grupos guerrilleros Montoneros y Ejército Revolucionario del Pueblo, por otro lado, fijó el esquema de una interpretación y una narrativa del pasado reciente. Los integrantes de las Juntas, el órgano máximo de poder durante la dictadura, serían juzgados por su responsabilidad en homicidios, torturas y detenciones ilegales ejecutados por fuerzas del Estado bajo el régimen militar; los jefes de los partidos armados de la izquierda, por su parte, debían ser llevados a la justicia por los actos terroristas cometidos durante el período constitucional que rigió desde el 25 de mayo de 1973 hasta el golpe de Estado de 1976. Lo

---

<sup>2</sup> Isidoro Ruiz Moreno, “El golpe fue consecuencia del peronismo”, *Clarín*, 30/3/2001.

que habrá de bautizarse como “teoría de los dos demonios” tuvo su base en esos dos decretos de 1983.

El 4 de julio del año siguiente, en un programa de televisión destinado a ofrecer una síntesis de la labor desarrollada a lo largo de más de medio año por la Conadep –la comisión creada por el gobierno para investigar la desaparición de personas bajo el régimen militar–, el ministro de Interior Antonio Tróccoli le proporcionó un marco interpretativo a lo que iba a verse en la pantalla y le dio su forma narrativa a aquella teoría. El país había vivido “una orgía de sangre y muerte” como consecuencia de los métodos de represión utilizados por las Fuerzas Armadas, dijo Tróccoli. Pero advertía a continuación que ése era “sólo un aspecto del drama de la violencia”. El otro, agregaba, “se inició con la irrupción del terrorismo”.<sup>3</sup> Dicho en otras palabras: en el origen de lo sucedido se hallaba la acción encadenada de dos antagonistas, una izquierda que había buscado la realización de sus fines por medio de las armas, por un lado, y una cúpula militar, por el otro, que había empleado la fuerza del Estado más allá de todo freno y control. En otras palabras, dos demonios aferrados a la violencia y culpables del mismo desprecio por la democracia. El corolario que el gobierno radical extraía de esta tesis era que ese capítulo negro no podía clausurarse sin que mediara un acto de justicia que tomara en cuenta esa doble responsabilidad.

Las fuerzas armadas se habían abroquelado en el rechazo a la revisión de lo actuado bajo la dictadura, para no hablar de la idea de juzgar a quienes habían sido sus jefes, y probablemente el gobierno radical creyera que la simetría que implicaba su tesis haría menos intolerable, a los ojos militares, que sus antiguos comandantes fueran llevados al banquillo. Pero el relato y la doctrina de los dos demonios, asentados sobre el esquema de acción/reacción, comenzarían a erosionarse rápidamente. Una primera inconsistencia afectaba ese esquema: no podía equipararse la responsabilidad de los grupos guerrilleros con la responsabilidad del Estado y sus órganos, que por definición tienen la tarea de garantizar el imperio de la ley, aun en el uso de la fuerza. Pero no sería esta objeción, demasiado abstracta para los sentimientos que suscitaba la experiencia reciente, lo que haría tambalear la aceptabilidad de la simetría, sino la información recogida por la Conadep y la que al año siguiente habría de escucharse durante el juicio a las juntas militares. Los

---

<sup>3</sup> *Clarín*, 5/7/1984.

hechos eran inconmensurables: todos los actos de terrorismo político cometidos o atribuidos a las organizaciones insurrectas no podían compararse con lo que, día a día, hacían escuchar los sobrevivientes y los familiares de las víctimas de la represión estatal.

La doctrina oficial fue doblemente recusada. Los militares observaban que no sólo se los equiparaba con quienes llamaban “delincuentes subversivos”, sino que se les arrebató la única victoria que para entonces, tras el fracaso de todo el experimento, podían reivindicar: el triunfo en la “guerra sucia”. ¿Cómo confundir, decían, a quienes buscaban imponer un Estado marxista con quienes defendían la tradicional forma de vida argentina? Para ellos, la tesis de los dos demonios era la prueba de que si bien habían ganado aquella guerra, la izquierda les estaba ganando, en la posguerra, la batalla cultural. Como escribiría años después Vicente Massot, uno de los ideólogos de la derecha argentina: “El resultado militar de la contienda favoreció a las Fuerzas Armadas. El resultado político, en cambio, a sus adversarios. Se trata de un fenómeno político nunca antes visto, por lo menos en el mundo moderno”.<sup>4</sup>

El hecho es que en el ámbito de la izquierda no se rechazó con menos fuerza la explicación del pasado que se resumía en la tesis oficial, sobre todo en las filas de la izquierda que se mantenía solidaria con la idea de la revolución como acontecimiento absoluto, destinado a fundar una sociedad de nuevo tipo, librada de toda explotación y de toda dominación. ¿Cómo aceptar que se pensara en términos de dos demonios y, peor aun, se pusiera a ambos bajo la misma condenación? ¿Cómo anular las diferencias, es decir, que unos, independientemente de los errores que hubieran cometido, habían tomado las armas para hacer la revolución, mientras que los otros las habían empuñado y las seguían empuñando para mantener la dependencia nacional y la opresión social?

La construcción de una memoria colectiva tiene siempre algo de batalla por el nombre que debe darse a los hechos. La denominación que se escoja entraña un juicio, pero no sólo un juicio de orden fáctico, y la operación no es únicamente una operación de conocimiento. Los dilemas implicados en el acto de denominar ciertos hechos los hace ver casi didácticamente el historiador alemán Reinhart Koselleck, valiéndose del ejemplo de la historia de la Revolución Francesa. El problema a resolver, dice Koselleck, es si “Luis XVI

---

<sup>4</sup> Massot, Vicente, *Matar y morir. La violencia política en la Argentina (1806-1980)*, Buenos Aires, Emecé, 2003, p. 239.

fue asesinado, o bien ajusticiado o directamente castigado; no el ‘hecho’ de que una guillotina de cierto peso le separó la cabeza del tronco”.<sup>5</sup> En el examen del pasado reciente en la Argentina, éste sería, sobre todo, un problema para la izquierda, en particular para la izquierda radical. ¿Qué nombre dar a la política y a los actos de los partidos armados como los Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo?

En general, la actitud de la izquierda radical fue la de cerrarse sobre su espacio de certidumbres y custodiar las fronteras: no cabía concebir ninguna verdad que fuera exterior a sus puntos de referencia. ¿Cómo enfocar y, sobre todo, discutir y criticar aquellos actos, sin referencia al proyecto que los había animado, el de la revolución? Era esta empresa trascendente la que podía fijar el sentido de los episodios, de las acciones que significaban un avance o un retroceso, así como la naturaleza de los errores que habían ocasionado una derrota. La crítica, en suma, sólo podía ser auto-crítica y su ejercicio no tenía otro ejecutor que el cuerpo ideal de los revolucionarios. Pero si se erosionaba el fondo histórico de sentido que proporcionaban la idea y la imagen de la revolución, ¿dónde inscribir los hechos que hasta entonces se habían registrado bajo su signo? Ahora bien, desde la segunda mitad de los años ochenta esa erosión no dejaría de hacer su trabajo, aunque no por obra de la derrota o del miedo que ésta había dejado en los espíritus, como se sostenía todavía en los comienzos del gobierno alfonsinista, sino por acontecimientos que tenían lugar en los países del socialismo realizado y que de allí se proyectaban sobre todo el mundo.

Si un suceso local hacía falta para alborotar aun más los puntos de referencia para la izquierda, ese hecho perturbador provino de una operación guerrillera ejecutada por un agrupamiento de izquierda, el Movimiento Todos por la Patria, en un agobiante 23 de enero de 1989. Permítaseme recordar brevemente este episodio que no se ha vuelto más fácil de explicar con el paso del tiempo.

Compuesto principalmente por ex militantes del ERP –el partido armado marxista de los años setenta– una formación guerrillera del Movimiento Todos por la Patria ingresó en la mañana de ese día a sangre y fuego en el cuartel militar de La Tablada. Debieron pasar varias horas, mientras se libraba un feroz combate entre los asaltantes y las fuerzas de represión, antes de que se pudiera discernir a quién había que atribuir la irrupción en el regimiento. Porque varios de los asaltantes llevaban el rostro pintado, como los oficiales

---

<sup>5</sup> Koselleck, Reinhart, *Futuro passato. Per una semantica del tempi storici*, Génova, Marietti, 1986, p. 174.

amotinados del ejército, e ingresaron en el cuartel dando vivas a los cabecillas de esos oficiales. El disfraz, las consignas y los volantes distribuidos entre la población de los alrededores del regimiento habían buscado simular, según se vería sólo en los días siguientes, una tentativa golpista procedente del ejército. El montaje de esta ficción debía producir el contexto en que se inscribiría la movilización del pueblo contra los verdaderos golpistas. Al caer la tarde de ese día, las fuerzas de represión habían recuperado el cuartel y el saldo de los combates eran varias decenas de muertos, heridos y varios desaparecidos. El mayor número de víctimas provenía de la organización Todos por la Patria .

Si la sola acción de un grupo guerrillero resultaba ya incomprensible en el cuadro de la Argentina de entonces y aun dentro de las filas de la izquierda, no podía esperarse sino más desconcierto de esta sucesión de enmascaramientos. ¿En qué términos había que hablar y juzgar el asalto al regimiento de La Tablada, que remitía al pasado y lo recordaba, incluso también porque en el pasado otros hechos habían sido igualmente de desconcertante identidad política? El lenguaje ideológico del pasado ya no conservaba la evidencia de antes, pero a la izquierda le resultaba difícil elaborar otro.

#### *La manifestación pública de la ley*

Más allá de la escasa sustentabilidad de la teoría de los dos demonios, el juicio a las juntas militares tuvo finalmente lugar y se desarrolló a lo largo de ocho meses, de abril a diciembre de 1985. Al concluir, la Cámara Federal condenó a los ex comandantes. Ante la sociedad, ninguna otra instancia podía haber tenido la eficacia simbólica del juicio para aclarar el sistema que había sido puesto en funcionamiento por los señores de la guerra apenas se apropiaron del gobierno. Por las figuras que se encontraban allí representadas –la de los jueces, la del fiscal, la de los testigos, que muy a menudo eran también las víctimas, la de los jefes militares y sus abogados–, incluso por el ritual formalista de los procedimientos, el juicio funcionó como el espacio para la manifestación pública de la ley ante los actos de una concepción despótica del poder. Es imposible saber cuántos eran en la Argentina, durante los años que siguieron al golpe de Estado, los que tenían noticias de situaciones y sucesos criminales como los que fueron apareciendo en la exposición de los testigos, y cuántos los que ignoraban todo porque evitaban enterarse. Como sea, lo que hasta entonces sólo habían denunciado las Madres de Plaza de Mayo y los organismos de



derechos humanos se expuso a la luz pública a través del proceso judicial. Aun para los que nos considerábamos informados porque los que desaparecían eran o habían sido nuestros compañeros, porque sabíamos de las denuncias, porque habíamos leído el informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que había circulado casi clandestinamente, aun para nosotros, el proceso resultó esclarecedor.

En 1986, el principal dirigente de Montoneros, Mario Firmenich, fue extraditado del Brasil y el 19 de mayo de 1987 un tribunal civil lo sentenció a treinta años de cárcel como coautor de un sonado secuestro y la muerte consecuente de dos personas. Cuando esa sentencia fue tratada en una cámara de apelación, el jefe montonero ejerció su defensa con un alegato político. Además de desacreditar los testimonios y las pruebas en su contra, Firmenich declaró su propósito de referirse a “la verdad histórica” para recordar sus comienzos como militante católico, el surgimiento de los Montoneros y la justificación de la acción armada en la legitimidad de la resistencia a la opresión. Ante la opresión que se ejercía sobre el pueblo, dijo, “nos vimos en la obligación moral de resistir”.<sup>6</sup>

La condena de Firmenich fue, de todos modos, confirmada, pero ni el juicio ni la prisión del dirigente montonero, que daban cumplimiento simbólico a la doctrina de la corresponsabilidad de las dos violencias, detuvieron el descontento en los cuarteles y el gobierno radical comenzó a desandar el camino para neutralizar el malestar militar. Primero, hizo aprobar la ley de “Punto final” y, después, tras los amotinamientos en las filas del Ejército que comenzaron en la Semana Santa de 1987, la ley de “Obediencia debida”. Cuando Alfonsín abandonó el gobierno en 1989, sólo seguían firmes las condenas a los jefes militares juzgados cuatro años atrás, pero el movimiento de los oficiales que reclamaban una reivindicación de la guerra sucia se había convertido en una fuerte corriente interna del Ejército.

### *Autocríticas*

El nuevo presidente, Carlos Menem, no hizo suya la doctrina radical ni propuso la institución de una nueva memoria del pasado reciente. A poco de asumir, decretó el indulto de los militares condenados y de Firmenich, pero no vinculó esa decisión a una interpretación de lo sucedido en los años setenta, sino al objetivo de la pacificación política:

---

<sup>6</sup> *Clarín*, 4/5/1988.

había que dar vuelta la página. Podría pensarse que, aun sin proponérselo, Menem hacía evidente también que para ningún otro sector como para el peronismo era complicado componer un relato público. ¿Cómo ignorar la guerra que había tenido lugar en las filas del peronismo entre 1973 y 1976? ¿Cómo omitir la posición de Perón en esa pugna y la del gobierno de su viuda, con quien comenzó la represión ilegal? Había habido peronistas de los dos lados de la línea divisoria, como pudo verse todavía durante el juicio a las Juntas. ¿Qué relato podía ordenar todo eso? Menem había logrado alinear tras su candidatura a guerreros rivales, y la disputa por la definición del peronismo no le impidió ganar las elecciones. El repudio a los indultos produjo grandes manifestaciones callejeras, pero el gobierno peronista no retrocedió.

En 1989, el libro *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, de Luis Mattini, inició sin estrépito el ciclo de las autocríticas. El autor había sido miembro del buró político del partido armado marxista más fuerte surgido en la década del setenta. No era el libro de un historiador ni de un escritor, señalaba Mattini en el prólogo, sino las reflexiones de “un protagonista que intenta un testimonio analítico y autocrítico”.<sup>7</sup> Lo había concluido en 1986, pero cuando pudo publicarlo las circunstancias eran otras, no sólo en la Argentina, sino en el mundo entero. Los acontecimientos del último lustro, indica Mattini en el prólogo que escribió cinco años después para la segunda edición, le habían hecho reconsiderar conceptos y categorías empleadas en las reflexiones y análisis expuestos en el libro. Al redactar su testimonio todavía estaba convencido, nos dice, de “que el mundo vivía la etapa de transición del capitalismo al socialismo” y que el proletariado era el sujeto de la revolución.<sup>8</sup> De acuerdo con estos supuestos, el examen que ofrece de la experiencia del Ejército Revolucionario del Pueblo, su organización y sus ideas, su estrategia y su papel en la vida política argentina, así como la explicación de la derrota final, obedecen al procedimiento reglado de la auto-crítica de los partidos de izquierda: “errores” y “desviaciones” que hallan su lugar y su aclaración en la doctrina verdadera, el marxismo-leninismo, correctamente interpretada.

Para esta perspectiva, la segunda mitad de los años ochenta, que trajeron el hundimiento de los regímenes socialistas en los países del Este europeo y el final de la

---

<sup>7</sup> Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada*, Buenos Aires, Editorial La Campana, 1996, p. 9.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 14.

URSS, fue una suerte de catástrofe cultural. Lo que Mattini deja ver, no importa si deliberadamente o no, es que la disipación de ese fondo de sentido que representaba la revolución amenazaba el significado de aquello que había buscado analizar. Lo que haría surgir en él, comenta en la segunda edición de su libro, un dilema a la hora de publicarlo: “¿cómo historiar y analizar un proceso político cargado de comunión humana, determinación militante, generosidad y abnegación y sobre todo *justicia histórica*, sin transformar en un relato épico romántico, fuera de contexto histórico, que aliente peligrosas aventuras? Y al mismo tiempo ¿cómo reflejar el aspecto crítico autocrítico sin contribuir a la ‘teoría de los dos demonios’ y al sentido de la derrota?”.<sup>9</sup> En otras palabras: ¿dónde inscribir esos hechos (los heroicos y generosos, pero también los errores y las desviaciones), hechos que hasta entonces se habían registrado sobre el fondo de la revolución y la teoría de esa revolución?

Las autocríticas más resonantes vinieron a mediados de década del noventa. El 25 de abril de 1995, en el programa televisivo que conducía el periodista Bernardo Neustadt, un productor de opinión aliado al gobierno de Menem, el general Martín Balza, jefe del Ejército, condenó el golpe de Estado de 1976 y los métodos de la represión ilegal. “El difícil y dramático mensaje que deseo hacer llegar a la comunidad argentina busca iniciar un diálogo doloroso sobre el pasado, que nunca fue sostenido y que se agita como un fantasma sobre la conciencia colectiva, volviendo, como en estos días, irremediamente de las sombras donde ocasionalmente se esconde”, dijo el general al comenzar su alocución. “Nuestro país vivió una década, la del ’70, signada por la violencia, por el mesianismo y por la ideología. Una violencia que se inició con el terrorismo, que no se detuvo siquiera en la democracia que vivimos entre 1973 y 1976, y que desató una represión que hoy estremece. [...] Esta espiral de violencia creó una crisis sin precedentes en nuestro país. Las Fuerzas Armadas, dentro de ellas el Ejército, por quien tengo la responsabilidad de hablar, creyeron erróneamente que el cuerpo social no tenía los anticuerpos necesarios para enfrentar el flagelo y, con la anuencia de muchos, tomó el poder, una vez más, abandonando el camino de la legitimidad constitucional. El Ejército, instruido y adiestrado para la guerra clásica, no supo cómo enfrentar desde la ley plena al terrorismo demencial. Este error llevó a privilegiar la individualización del adversario, su

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 18.

ubicación por encima de la dignidad, mediante la obtención, en algunos casos, de esa información por métodos ilegítimos, llegando incluso a la supresión de la vida, confundiendo el camino que lleva a todo fin justo, y que pasa por el empleo de medios justos. Una vez más reitero: el fin nunca justifica los medios”<sup>10</sup>

La declaración del jefe militar constituyó un acontecimiento inédito, no sólo en la Argentina, y conmovió tanto a la opinión pública como a las filas de las Fuerzas Armadas. Atribuía a los partidos armados de la izquierda (el terrorismo) el comienzo de la violencia, pero no se valía de esa atribución para justificar el terrorismo estatal. Aunque algunos generales retirados y comprometidos con la represión criticaron la declaración del general Balza sobre el pasado,<sup>11</sup> la doctrina de la guerra sucia ya no podría funcionar de ahí en adelante como fuente para un relato de legitimación ni siquiera en el Ejército.

Una semana después, Mario Firmenich respondía a la declaración del militar con una autocrítica hecha en nombre de su responsabilidad como jefe de los Montoneros. Despedazada por la represión y por las divisiones, lo que sobrevivía de la organización guerrillera de los años setenta representaba un grupo testimonial más que un actor político, y la propia autoridad de Firmenich sólo era reconocida por algunos círculos de fieles. Después de agradecer a Bernardo Neustadt la invitación a tomar la palabra y de elogiar la actitud del general Balza, el antiguo guerrillero entró en materia. ¿Qué había sido reprochable en la acción de los Montoneros?: “Cuando fuimos acorralados, política y policialmente, cuando la Triple A nos masacraba tras la muerte del general Perón, cometimos el error madre de pasar a la clandestinidad y retomar la lucha armada, pese a que no existía para eso la legitimidad que otorga el consenso de las mayorías. Políticamente el error fue de naturaleza ideologista y militarista. Espiritualmente, fue un pecado de falta de esperanza que nos llevó a una decisión desesperada”. Firmenich no reivindicaba ya el camino de la lucha armada, pero la violencia política, sostuvo, no había nacido en el país con los Montoneros. Aunque no mencionaba la declaración del general Balza en lo relativo a la génesis de la violencia, Firmenich la replicaba: “Vivíamos en un país donde la mayoría

---

<sup>10</sup> *Clarín*, 26/4/1995.

<sup>11</sup> Por ejemplo, el general (R) Luciano Benjamín Menéndez, quien aseguró: “nunca secuestramos niños, nunca matamos inocentes y nunca arrojamos cadáveres al mar”. Las fuerzas armadas no tenían de qué disculparse. Menéndez criticó asimismo a Balza por no haber pronunciado “ni una palabra de la agresión marxista”, ni que “la Argentina estuvo agredida y al borde de tener zonas dominadas por los comunistas, como era el monte tucumano”, *La Nación*, 27/4/1995.

no tenía derecho a gobernar, las minorías no tenían derecho a existir, los militares eran la reserva moral y política de la patria. La justicia social era el derecho de la demagogia. El poder judicial era auxilio formal del poder político, la Constitución Nacional no existía, la violencia política era siempre legítima, las Fuerzas Armadas eran el partido militar de las minorías económicas dominantes”. En ese contexto se explicaba el surgimiento de la acción armada: “El derecho de resistencia a la opresión por todos los medios fue legitimado universalmente tanto en el derecho constitucional como en las encíclicas papales”.

El conductor del programa llevó a su invitado a la cuestión que era más difícil de zanjar en términos de causas generales: el secuestro y la muerte del general Eugenio Aramburu, la operación con que los Montoneros habían hecho su aparición pública en 1970. ¿Habían asesinado a Aramburu? Firmenich respondió con la fórmula que con el tiempo se había vuelto la definición oficial de la organización sobre lo ocurrido: “Fue un acto que no decidimos nosotros –dijo–, lo decidió el pueblo. Estaba decidido por el pueblo, y esto es en todo caso lo triste, porque no podemos hablar de esta situación sin hablar de los bombardeos a Plaza de Mayo, sin hablar del fusilamiento del general Valle”.

En otras palabras: Aramburu había sido condenado por el pueblo peronista y los Montoneros no habían hecho otra cosa que ejecutar el castigo. Sería ocioso, por supuesto, preguntarse por la verdad de esa atribución de la muerte de Aramburu a la decisión del pueblo: la afirmación pertenecía a la ideología montonera y era indisociable de su autodesignación como portavoz y brazo armado del peronismo proscrito. Pero hay un dato, sin embargo, que obliga a recordar que la eliminación del militar no cobraba sentido únicamente a la luz de los acontecimientos de 1955 y 1956, por imaginario que fuera el lazo entre estos acontecimientos y la operación de los Montoneros. Cuando fue secuestrado, el ex presidente no era únicamente una personificación de la Revolución Libertadora y, al eliminarlo, la organización guerrillera no sólo había ajustado cuentas con un antiguo enemigo. A comienzos de 1970 era un secreto a voces que Aramburu estaba a la búsqueda de un acuerdo con Perón para una salida electoral y, por supuesto, los Montoneros no lo ignoraban. “Actualmente Aramburu significa una carta del régimen”, consignaba el primer comunicado de la agrupación armada, que denunciaba el propósito de engañar al pueblo

con una falsa democracia.<sup>12</sup> Figurada como la ejecución de un enemigo histórico del peronismo, la operación de eliminarlo no se insertaba pues únicamente en la historia del peronismo, sino en el presente del juego político. Anular esa “carta del régimen” significaba anular la posibilidad de que el peronismo fuera desviado de su destino revolucionario. Obviamente, resultaba improbable que en 1995 Firmenich hablara todavía en estos términos.

### *Memoria pública*

La década del noventa no fue sólo la década de las autocríticas. En ella comenzó también el auge, que llega hasta el presente, de las expresiones memorialistas y testimoniales sobre el pasado reciente. No creo que pueda resumirse en pocas frases la diversidad de lo que allí se enuncia o se busca enunciar. Independientemente de la verdad empírica que esas manifestaciones contengan, me parece que lo que se quiere evocar no es sólo ni siempre de orden fáctico, que el esfuerzo de comprensión suele estar asistido por el deseo de autocomprensión y aun de autojustificación. ¿Cómo recordar la efervescencia de ese tiempo, el sentido de unos actos habitados por la creencia revolucionaria? ¿Qué sentido darles hoy? ¿Qué duelo hacer de ese pasado?

Creo que a estas preguntas buscan responder sobre todo los trabajos de rememoración que pretenden la restitución del sentido de la acción militante, pero no en el presente sino en el pasado. La película *Cazadores de utopías*, dirigida por David Blaustein, sobre la base de un guión de Ernesto Jauretche, ofrece una buena ilustración de este impulso rehabilitador. Estrenada en 1976, *Cazadores de utopías* es una película hecha por ex Montoneros para ex Montoneros, subordinada a la defensa de una identidad de carácter más étnico que político. La intención aparente –contar, a través del testimonio de algunos protagonistas, la historia de un movimiento político, evocar sus ideales, su derrota y esbozar un balance– parece haber sido guiada, como en el pasado que se quiere evocar, por la idea de que todo puede ser comprendido desde el interior de esa misma experiencia, interpretada de acuerdo con los relatos de siempre. Una parte de los entrevistados tiene a su cargo sostener un capítulo de la historia a medida que ésta avanza. Pues bien, como si el

---

<sup>12</sup> Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, Buenos Aires, Editorial de La Campana, 1995, p. 49.

pasado siguiera presente, bloqueando casi el trabajo de la diferenciación temporal e imponiendo sus propias categorías, todos ellos parecen no poder hablar sino como entonces, sumidos en el mito, para reproducir, de acuerdo con el libreto, algunas de sus partes. Aparecen, por supuesto, marcas del tiempo. El grupo dirigente de Montoneros, la "conducción", resulta cuestionado, aunque no se den nombres (lo que no deja de ser un síntoma de que hay cuentas que aún no fueron hechas); excepto uno de los ex militantes, el resto no manifiesta la expectativa por el retorno de aquel tiempo y la reanudación de la marcha interrumpida. Hay, más bien, signos de melancolía, como en las palabras de uno de los entrevistados, que confiesa la felicidad perdida. El término "utopía" es igualmente un índice del paso del tiempo: sirve para preservar los viejos relatos de identidad, depurados y estilizados, pero también delata, así sea involuntariamente, el reconocimiento de que ya no exhortan a la acción. Sería injusto, por cierto, no registrar que a lo largo de la película se abre, a veces, una brecha y con ella la posibilidad de haber problematizado la historia escapando al círculo de la repetición. Pero esto hubiera supuesto un afuera del mito, la ruptura del vínculo con el pasado que ese relato mítico impone, y la película no fue hecha para eso.

Uno de los entrevistados en *Cazadores de utopías*, el escritor Martín Caparrós, se hizo portavoz de un malestar. ¿Por qué su abuelo pudo recordar toda su vida la participación que tuvo en la Guerra Civil Española, se pregunta en un momento, mientras no había ocurrido lo mismo en la Argentina con quienes habían tenido parte en la actividad de las organizaciones radicales de los setenta? O sea: ¿por qué el abuelo podía rememorar el fervor que fue parte de su experiencia? Dos años después, Caparrós, que en su adolescencia había integrado una de las agrupaciones orientadas por los Montoneros, y Eduardo Anguita, que procedía de las filas del Ejército Revolucionario del Pueblo, produjeron la obra destinada a propiciar y hacer posible otra evocación de los setenta: *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Son tres tomos voluminosos, que cubren el período que va de 1966 a 1978, y en que la crónica de los hechos políticos y culturales de esos doce años se entreteje con la narración de protagonistas-militantes. "Lo terrible es que con los recuerdos de la muerte se taparon los recuerdos de la vida, lo cual es una forma de volver a desaparecer a los desaparecidos –dirá Caparrós al explicar lo que quería que fuera ese libro del que era coautor–. De quitarles sus

elecciones, su historia, y todo aquello en que creían, y que en un momento los llevó a decidir que podían dar la vida para conseguirlo. Creo que hubo mucho sufrimiento, pero también mucha felicidad a partir de hacer lo que creyeron que debía ser hecho”.<sup>13</sup> *La voluntad* se compuso entonces para escapar a las dos formas que había adoptado la memoria de los años setenta hasta entonces: la autovictimización y el examen de las responsabilidades por lo ocurrido. Lo que la anima es el deseo de rehabilitar el deseo de esos años, el atrevimiento, el ardor y el sentido de plenitud que eran indisociables de la militancia.

Creo que el libro de Anguita y Caparrós respondía, como la película *Cazadores de utopías*, aunque de otro modo, a una demanda: ¿Cómo hacer el duelo de la experiencia militante? Inscibiría en este mismo espacio la revista *Lucha armada*, que se publica desde hace un par de años. Pese a lo que su título hubiera hecho pensar en la década del setenta, la revista no está destinada a reivindicar la acción armada para acceder al poder. En realidad, la publicación no está referida a ningún proyecto político presente y funciona como un ámbito en que las acciones del pasado pueden ser contadas, donde ex guerrilleros pueden recordar los comienzos de un grupo, o reconstruir, a veces con espíritu crítico, algunos episodios de las organizaciones armadas. No aparece aquí, al menos como elemento dominante, la victimización que es frecuente en una parte de la literatura memorialista, pero las reconstrucciones tampoco están animadas por el propósito de restituir el fervor del pasado reciente, como en el libro de Caparrós y Anguita. ¿Qué podemos leer en estos textos, más allá de los hechos que evocan, y en los documentos de las organizaciones armadas del pasado? La necesidad de sacar del ámbito de la recordación privada esos fragmentos de vida que necesitan ser comprendidos e integrados en el relato de la identidad. La colaboración de investigadores jóvenes hace de las páginas de esta revista un espacio inusual y apto para la colaboración entre testimonios, memoria individual o de grupo e historia de los historiadores sobre el pasado reciente.

### *Final*

Tras este recorrido sumario y, por ello mismo provisorio, limitado a algunos pocos ejemplos del debate argentino respecto del pasado próximo, sería temerario extraer una

---

<sup>13</sup> Martín Caparrós, entrevista de María Esther Giglio, *Brecha*, N° 606, 1999.



conclusión formal. El reclamo a la memoria, por lo demás, sigue su curso en estos días y nada permite conjeturar que la discordia de las interpretaciones facciosas vaya a ceder. Los ejemplos elegidos aquí para mostrar la diversidad de instancias y medios en que se engendran, se transmiten y proliferan los relatos que invocan la “verdad de la historia” muestran también las dificultades para evitar que el combate político inmediato impida la reflexión y anule las preguntas sobre el pasado. Después de veintidós años, impresiona la impermeabilidad de muchos discursos a registrar acontecimientos que puedan cuestionar las visiones estereotipadas del pasado. Tampoco la construcción de una memoria oficial conoce el reposo. Desde que asumió el gobierno en el 2003, Néstor Kirchner ha reivindicado una versión del pasado reciente; la anunció explícitamente al año siguiente, en el discurso que pronunció en ocasión de un nuevo aniversario del golpe de Estado, y la consagró este año al establecer el 24 de marzo como “Día Nacional de la Memoria por la verdad y la justicia”. La versión que el gobierno hizo suya es la más elemental y sobrevuela toda complicación respecto del pasado. Si la “teoría de los dos demonios” se edificaba en torno de la imagen de una sociedad inocente, víctima pura de una violencia que no guardaba ningún lazo con ella, la interpretación que el gobierno transmite estiliza la militancia de los años setenta y borra, por medio de esa estilización, no sólo a los partidos armados de la época, sino la guerra intestina del peronismo, la Triple A, en fin, todo aquello que fue degradando la vida pública nacional antes del golpe de Estado.

¿Qué puede hacer el trabajo historiográfico en este terreno? Difícilmente podría cambiar el clima dominante en la actualidad, pero no creo que deba apartarse de los interrogantes que aparecen en horizonte del presente para escapar al uso puramente táctico de la práctica historiográfica. Sólo le cabe reivindicar el trabajo paciente propio del saber crítico y mantener respecto del pasado inmediato las preguntas simples pero rigurosas que Hannah Arendt formuló para su generación.

#### Referencias bibliográficas:

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, Buenos Aires, Norma, 1997-1998.

Baschetti, Roberto (comp.), *Documentos (1970-1973). De la guerrilla peronista al gobierno popular*, Buenos Aires, Editorial de La Campana, 1995

Gallerano, Nicola, *Le verità della storia. Scritti sull'uso pubblico del passato*, Roma, Manifestolibri, 1999.

Koselleck, Reinhart, *Futuro passato. Per una semantica del tempi storici*, Génova, Marietti, 1986.

Massot, Vicente, *Matar y morir. La violencia política en la Argentina (1806-1980)*, Buenos Aires, Emecé, 2003.

Mattini, Luis, *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada*, Buenos Aires, Editorial La Campana, 1996.